



## Un acercamiento a las identidades maternas en contextos carcelarios: sexualidades, disciplinas y deseos

María Florencia Actis<sup>1</sup>

### Resumen

El presente trabajo plantea un análisis reflexivo acerca de la maternidad dentro de las instituciones penitenciarias, entendiéndola como una interpelación central en los procesos de formación del sujeto femenino. Más allá del componente natural, y por tanto universal, que le es atribuido a la maternidad en los discursos médicos y religiosos que permean el imaginario socio-simbólico, resulta interesante reponer la cotidianeidad de las prácticas maternas en sus diversas, desiguales y porosas condiciones de producción. La pregunta vertebradora de la investigación está, en lo particular, vinculada a los modos en que las mujeres privadas de la libertad reconstruyen sus identidades maternas al interior de la trama carcelaria, tensando representaciones hegemónicas de madre con sus vivencias signadas por el estigma del delito y la marginalidad, y en muchos casos, con la culpa añadida que supone exponer a sus hijos/as a la deplorable calidad de vida que ofertan los establecimientos de encierro. En otras palabras, procura dar cuenta de cómo se relacionan -internalizan, perciben, disputan-, con aquellas cadenas semánticas que han colonizado la idea de maternidad, reconociendo el contexto punitivo en que se encuentran ancladas.

### Palabras clave

Género - identidades - maternidad - cárceles

### An approach to maternal identities in prison contexts: sexualities, disciplines and desires

### Abstract

The current research is a reflective analysis on motherhood within penal institutions, understanding it as a central interpellation in the formation processes of female subject. Beyond the natural component, therefore universal, is attributed in medical and religious discourses that permeate social-symbolic imaginary, it is interesting to portray the reality of maternal practices in its diverse, unequal and porous production conditions. The structural research question is then particularly related to the ways in which women deprived of liberty reconstruct their maternal identities within the prison plot, tense hegemonic representations of mother with their experiences marked by the stigma of crime, and in many cases, added to the guilt for exposing children to poor quality of life that offer prison establishments. In other words, attempt to inquire the ways in which they relate to (internalized, perceive, dispute with) those semantic chains that have colonized the idea of motherhood, recognizing the punitive context where they are living.

### Keywords

Gender - identities - motherhood - prisons

<sup>1</sup> Laboratorio de Comunicación y Género, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). [florenciactis@gmail.com](mailto:florenciactis@gmail.com)

## Introducción

A pesar de los avances sociales y normativos contemporáneos hacia una resignificación de las relaciones de género y del concepto de *lo íntimo* en clave política, la maternidad todavía es aludida en los discursos públicos como elemento central de la escena conyugal y doméstica. El rol materno, anudado al de esposa y ama de casa, es un residuo de la modernidad que sigue regulando el modo en que los sujetos femeninos/feminizados se autoperciben, proyectan y transcurren sus eventuales maternidades. Ser madre representa menos una opción de vida, que una deseable imagen de futuro y un medio de realización social.

En el artículo será abordada como un proceso educativo y performático permanente, que modela un tipo de sujeto idóneo en el desempeño de funciones específicas dentro del ordenamiento sociosexual y político hegemónico. Sin embargo, para las mujeres presas se presenta como una poderosa invitación civilizatoria de *ser alguien* dentro de la cárcel y en el afuera, de reconstituirse como sujetos femeninos loables, alejándose parcialmente del *hedor* que conlleva la criminalidad, para emplazarse en el imaginario de lo moral.

La investigación denominada *Identidades maternas: Miradas y Experiencias de Mujeres privadas de la libertad*<sup>2</sup>, se propone mirar cómo se relacionan con los mandatos y dispositivos del patriarcado desde los umbrales de la cárcel, e hilvanar las tensiones específicas que las atraviesan durante el ejercicio de sus maternidades, teniendo en cuenta las resistencias y agenciamientos diversos que despliegan como efectos inesperados del mismo disciplinamiento.

A lo largo del texto, el contexto carcelario será concebido entonces como un espacio de producción de significaciones y de fuerte incidencia en la reconfiguración subjetiva y corporal de las mujeres “privadas”. En cuanto a las identidades, y en particular las identidades de género, serán pensadas en clave de territorios minados de normatividades, pero también como centros de empoderamiento que, en condiciones de encierro, pueden desplegar acciones tácticas de resistencia y supervivencia.

## Entre la naturaleza y la cultura

A lo largo de la historia, de manera más o menos explícita y bajo distintos fines sociales, el conocimiento científico y el religioso han esgrimido argumentos igualmente favorables a la existencia de un *instinto maternal*, desde paradigmas y métodos contrapuestos. Al arraigar la maternidad a procedimientos biológicos (embarazo, parto, lactancia) han desconocido la existencia de variables sociales, étnicas, clasistas, geográficas, generacionales, idiosincráticas, tecnológicas, y la han inscripto en el orden animal, como núcleo fundacional de la naturaleza. De este modo, se prefiguró como un acontecimiento necesario para la reproducción de la

<sup>2</sup> Desarrollada en la Unidad Penal 33 de Los Hornos (distrito La Plata), dependiente del Servicio Penitenciario Bonaerense. Esta Unidad Penal femenina, presenta la singularidad de poseer un pabellón destinado al alojamiento de internas embarazadas y de madres con niños/as menores de 4 años.

humanidad, anterior o exterior a toda referencia lingüística proveniente del sistema cultural.

La frontera tensa entre lo natural y lo construido es un debate que ha conmovido al feminismo en los últimos veinte años, ya que poner en cuestión la verdad del cuerpo, bastión de la diferencia sexual, implicó poner en riesgo a la mujer como sujeto político. A la hora de pensar la maternidad, la amalgama de posicionamientos comprende desde una mirada reivindicativa de la energía uterina y una sobrevaloración de la maternidad como símbolo de empoderamiento femenino, basada en una directa homologación de la mujer a otros elementos de la naturaleza (la luna, la tierra húmeda), hasta miradas que consideran al sexo como norma cultural y a la maternidad como instrumento biotecnológico. La filósofa y activista *queer*, Beatriz Preciado, plantea que la oposición binaria naturaleza/cultura responde a un paradigma positivista que sirvió para justificar relaciones de poder al construir una imagen de Hombre que explota la naturaleza bruta mediante el desarrollo tecnológico, en las antípodas de una imagen femenina ligada al orden sexual y reproductivo. En este sentido, se refiere a la relación de complicidad entre los términos históricamente afrontados de tecnología y sexualidad: “La definición de tecnología asociada con la totalidad de las herramientas que los varones fabrican, sirve de soporte a la noción aparentemente intocable de ‘naturaleza humana’. El cuerpo masculino se define a partir de la relación que establece con la tecnología; por omisión, el cuerpo femenino se considera ajeno a cualquier forma de sofisticación instrumental y se define como sexo” (Preciado, 2002: 119-120).

Asociar la maternidad a una condición sexual originaria, y reconocerle un factor instintivo es simbolizar esta experiencia como inevitable u obligatoria, más allá del grado de satisfacción que pueda generar, y predispone a las niñas a devenir en madres bajo la creencia de que poseen una sensibilidad y una capacidad materna en estado de latencia.

“Así como el siglo XVIII había creado al niño, es el siglo XIX, fundamentalmente, el que crea a La Madre, y no es casual que sea en este siglo, cuando se constituye la histeria como entidad psiquiátrica” (Fernández, 2010: 177-178). La higiene, la salud y la belleza constituyeron bastiones biopolíticos para configurar el conjunto social, pero taxativamente a las mujeres. Los dispositivos de medicalización y patologización sexual, lejos de reforzar atributos *naturales* vinculados a la capacidad ilimitada de afecto, la docilidad y la pulcritud, dieron vida y textura a un ser femenino, individual y social, subalternizado respecto de su opuesto masculino, viril y productivo.

El estatuto femenino y maternal se efectiviza desde la primera infancia, mediante la inserción de las consideradas niñas en relaciones y prácticas sociales (lingüísticas y extralingüísticas) donde se enseñan coqueterías, maniobras de seducción, formas dúctiles de habitar el espacio y el propio cuerpo, donde se brinda un trato de mimos y consentimientos en exceso, en oposición a los estrictos modos de crianza que recibe el niño, quien no tiene permitido pedir que lo besen, mirarse al espejo, llorar, agradecer. Sin embargo, plantea Simone de Beauvoir, “si el niño parece menos favorecido que sus hermanas, es porque acerca de él se abrigan más grandes designios. Las exigencias de independencia que se le atribuyen implican

inmediatamente una valoración, para animarlo ante el difícil camino que le corresponde” (De Beauvoir, 2011: 210-2011).

Preciado denominará “producción prostética del género” (Preciado, 2012: 124) a este proceso de *generización* donde el poder actúa conformando, no sólo subjetividades masculinas y femeninas, sino principalmente corporalidades sexuadas a partir de la fijación de ciertas diferencias; generando condiciones y posibilidades de vida.

Según Judith Butler, el carácter necesario de la reiteración y la duración temporal que requieren estas prácticas discursivas heteronormadas para consolidar sus efectos materiales, dan cuenta de una esencial inestabilidad e incompletud, y por tanto, de un potencial transformador (Butler, 2012: 18). En este sentido, si la madre se produce como resultado de la historia de la maternidad, de cada nueva performance podría germinar una descomposición de la existencia materna, total o parcial.

### **La dimensión comunicacional y educativa de la cárcel**

Al comprender la prisión como una formación discursiva que conjuga rutinas, emblemas, jerarquías, objetos, usos del espacio físico (Buenfil Burgos, 1992) surge la inquietud de analizar el simbolismo en el encierro punitivo, los sentidos compartidos respecto de sus elementos y relaciones constitutivas, los códigos en las prisiones de mujeres.

Para abordar la maternidad y las redefiniciones sexo-genéricas que se dan entre los muros, es necesaria una mirada comunicacional capaz de desagregar las articulaciones de sentido confinadas por la heteronorma. A su vez, la comunicación se imbrica a la educación, que en su acepción amplia, se disloca de la esfera de la escolaridad. Buenfil Burgos entenderá por práctica educativa todos aquellos espacios y relaciones, institucionales y no, que generen instancias de interpelación y reconocimiento. Explica textualmente que “el agente se constituye como sujeto activo de la educación incorporando de las prácticas que lo interpelan, nuevos contenidos valorativos, conductuales, conceptuales que modifiquen su cotidianeidad, en términos de una transformación o de una reafirmación más fundamentada” (Buenfil Burgos, 1992: 20). Basta con sentirse aludido/a ante determinados discursos – familiares, morales, sexuales, religiosos, médicos, punitivos- independientemente de aceptar o rechazar la invitación a ser aquello que se presenta como modelo a seguir. La educación así planteada, desplaza al referente educativo de la fijeza, unilateralidad y necesidad que suponen las corrientes pedagógicas para reconsiderarla en su movilidad y contingencia.

El paso por la institución penitenciaria aparece como una instancia educativa ya que imprime transformaciones sustanciales en las personas privadas de la libertad, durante y después del encarcelamiento. Postura que, lejos de anular el ejercicio del poder, implica reponer el lugar de las apropiaciones, las resistencias, las resignificaciones, los inter-aprendizajes, y en definitiva los trayectos formativos que allí se perfilan. Pese a la criminógena forma que adopta el ejercicio del poder en este ámbito, se presenta como habilitador de nuevos lenguajes, esquemas de percepción,

modos de comprender lo social, el Estado y las relaciones humanas, de interactuar, e incluso de experimentar en el plano del deseo y las prácticas sexuales.

### La cuestión del poder en el cuerpo y en el encierro

Trabajar el problema del poder en el encierro punitivo, no puede bajo ningún punto de vista obviar la dimensión fáctica de los muros y las características institucionales que están al límite de los parámetros democráticos, regidas por un compulsivo sistema de jerarquías. Sin embargo, la figura monolítica de la cárcel como núcleo de concentración de poder es reemplazada por formas específicas de disciplinamiento, dejando de lado el supuesto dicotómico que asocia *el adentro* con represión y *el afuera* con libertad, y que hace viable una demarcación de las fronteras del poder.

En favor de diluir la barra divisoria de esta ecuación, vale recordar que la selectividad penal condena a los colectivos económica, social y culturalmente fragilizados. La población carcelaria pertenece a los sectores más vulnerados, cuyas representaciones del afuera no suelen estar relacionadas con el ejercicio pleno de sus derechos y libertades individuales. Y aunque resulte paradójico, sus ideas en torno a la cárcel no siempre están vinculadas a experiencias traumáticas como se prefiguran en otros sectores o clases, desligados por completo del mundo del delito penal. Esta realidad produce desplazamientos en el imaginario dominante acerca de la cárcel, y exige revisar y conflictuar la definición de poder.

La intersección temática y empírica de dos modos complementarios de disciplina, el encierro y el género, impone el desafío de reconocer las formas en que el poder actúa de manera continua, simultánea, polivalente y reticular en cuerpos que podrían considerarse sobre-institucionalizados. Desde este punto de vista, el poder excede el uso de la violencia y la exacción, y no tiene como objetivo único destruir o alterar la forma de objetos, cuerpos, seres; sino que poder, en tanto fuerza, también se despliega sobre otras fuerzas, ejerce acciones afectando otras acciones, actuales o futuras. “Incitar, inducir, facilitar o dificultar, desviar, ampliar o limitar, hacer más o menos probable, son sólo algunas de las categorías de poder, o en términos más generales, distribuir en el espacio, ordenar en el tiempo, disponer en el espacio-tiempo” (Deleuze, 2005: 99-100) Fuerzas productivas no es *per se* sinónimo de fuerzas positivas, del mismo modo que reconocer el carácter educativo de la cárcel no implica asignarle un valor ético y social de ningún tipo, sino tenerla en cuenta como escenario de enunciación de los/as sujetos/as, donde se origina un sistema de significados, marcos de inteligibilidad de lo real y *universos vocabulares* (Freire, 2006), que rebasan y a la vez son resultado de los diagramas institucionales de poder, y de las posibilidades discursivas que éstos ofrecen.

La unidad penal es reconocida como una “enjambración de fuerzas y mecanismos disciplinarios” (Foucault, 2002: 214), recuperando el entramado de relaciones desiguales que se forja incluso entre las propias internas, y descomponiendo el monopolio de la violencia que supone la estructura penitenciaria, sin desconocer las prácticas intracarcelarias donde el poder se densifica, recrudece y deviene vejatorio.

A pesar de los cuestionamientos a la física del poder foucaultiano basados en la evanescencia de las técnicas de control por su exceso de dispersión, el concepto de micropoder es potente a la hora de mirar paralelamente la disciplina no sólo en el territorio carcelario sino también en la producción y regulación de hetero-cuerpos y performatividades normativas como la maternidad.

### **Género, derechos humanos y penalidad**

La ley de Ejecución de la Pena Privativa de la Libertad 24.660, sancionada en 1996, estableció en su artículo 195 la posibilidad de que las madres privadas de la libertad críen a sus hijos/as hasta los cuatro años. La situación abrió un debate social y moral dado por la yuxtaposición del derecho de la madre de asistir a su hijo/a durante la primera etapa de vida y la condición de ciudadano/a libre que prevé la constitución argentina para el/la recién nacido/a. Si bien la ley nace al compás de avances normativos a escala internacional que buscan democratizar los fundamentos sociales y procedimientos penales de las instituciones disciplinarias, los testimonios sobre las vivencias carcelarias expresan un desfase palmario entre la esfera legal y las lógicas de funcionamiento cotidiano. Por otro lado, el articulado que debe garantizar las condiciones de habitabilidad de los/as niños/as dentro de la institución, no establece medidas de seguridad, de alimentación, de salud, de educación y esparcimiento necesarias, ni siquiera hace mención explícita a la creación de un pabellón especial para su alojamiento. Sólo el artículo 192 dispone globalmente cómo debe ser la atención de las internas embarazadas en dependencias femeninas. En 2008 entró en vigencia la Ley 26.472, que tensiona la 24.660 y el Código Penal, al ampliar los supuestos en los que se podrá sustituir el encierro carcelario por arresto domiciliario, con el objeto de evitar la prisión para niños/as y grupos de mayor vulnerabilidad que merecen especial protección.

La abstracción de la normativa no hace más que dejar libradas sus formas y grados de ejecución a la interpretación que las autoridades judiciales y penitenciarias hagan de ella. En este sentido, quienes tienen sus hijos/as privados/as, pero también quienes tienen sus hijos/as afuera, encuentran desafiados los modos idealizados de crianza y de transcurrir las maternidades felices que predicen los mensajes publicitarios.

Como es sabido, la cárcel fue diseñada por y para varones. Los penales femeninos surgieron como apéndices de los masculinos, duplicando sus esquemas institucionales, arquitectónicos y procesales. Las prácticas penitenciarias se aplican con una mirada androcéntrica, tomando como paradigma al varón y dejando de lado las características y necesidades de las mujeres. Sin embargo, en Argentina la población carcelaria femenina creció sostenidamente desde los '90, durante los procesos de globalización económica, a consecuencia del empobrecimiento generalizado y el aumento de las mujeres en los nichos laborales más precarizados e informales. En esta década también se produjo un fuerte incremento de hogares monoparentales con jefaturas femeninas, modificando sustancialmente su estructura tradicional. El Censo Nacional de 2001 (Centro de Estudios Legales y Sociales *y otros*, 2011: 27) señala que el 81,75% de las familias monoparentales estaban encabezadas

por mujeres, y en su mayoría eran viviendas pobres. Las patentes dificultades, cuando no impedimentos, hacia una efectiva inserción laboral y de calidad, sumado a su papel de sostén económico del núcleo familiar, empujó a un gran número de mujeres de bajos recursos a la incidencia en actividades ilegales, principalmente la venta de drogas a pequeña escala.

Sin embargo, la tendencia progresiva de las tasas de encarcelamiento femenino, en general con prisiones preventivas, no responde a ampliaciones demográficas o en los niveles delictivos, sino a decisiones de la política criminal, centradas mayormente en la persecución del consumo y tráfico de drogas, donde los/as pobres representan el eslabón más débil del negocio del narcotráfico. Por ello, para desagregar qué tipo de mujeres habitan las cárceles y cómo opera la selectividad penal, es necesario comprender cómo los Estados latinoamericanos han reformulado sus prioridades de orden público y, en consecuencia, los/as sujetos/as a los/as que están dirigidos sus sistemas punitivos. La *feminización de la pobreza* (CELS y otros, 2011: 26) se imbrica a otro fenómeno denominado *criminalización de mulas*, que tiene como protagonistas a las mujeres pobres y migrantes. En este contexto, las cárceles funcionan como maquinarias correctivas que suman violencia a las violencias ya vividas, que excluyen a los/as ya excluidos/as y profundizan las brechas sociales y los patrones de género; fracasando como agencias re-socializadoras.

### Subjetividades y vivencias maternas

El mundo carcelario y la criminalidad, se presenta como antagónico al mundo de lo femenino. Las mujeres privadas de la libertad padecen una doble discriminación, no sólo por su condición de reclusas, sino porque su situación penal habla por sí sola de una fractura respecto de los patrones de conducta femeninos, esperados y deseables. La representación social de la población carcelaria se encuentra ligada a la falta de educación, de cultura, de higiene personal, a la marginalidad, a las adicciones, a la peligrosidad. Cada uno de estos prejuicios, impugna las elevadas expectativas puestas sobre la *esencia femenina* de una mujer (y más aún de una madre) en materia de salud y sexualidad.

Las miradas autorreferenciales y experiencias de las mujeres privadas están comúnmente definidas por el doble atravesamiento de madres (actuales o potenciales) y presidiarias; es decir, por los mandatos correspondientes a su condición de género pero también de clase, ya que la situación económica es desencadenante de su situación penal.

Uno de los aspectos de la relación madre-hijo/a que se forja en el encierro es el contacto físico permanente y la dependencia mutua que se traducen a una suerte de *maternidad compulsiva*, mediada por el miedo y la desconfianza que caracteriza los vínculos emplazados en la cárcel. Esta situación puede ser vista como favorable, ya que les permite llevar a cabo una maternidad tiempo completo, respondiendo a la fórmula moderna *a menos hijos, más mito* (Fernández, 2010: 176), asociada al mito de la mujer/madre y a la excesiva centralidad de los/as hijos/as en sus vidas, postergando el desenvolvimiento de su mundo de intereses y placeres propios. Sin embargo, en la cárcel la estrechez del lazo no se presenta como opción y se

experimenta alternativamente como oportunidad de reivindicarse en el rol materno por custodiar a los/as hijos/as en un escenario de adversidad máxima, o con culpa por privarlos/as de crecer en un ambiente de socialización más saludable. En el caso de las mujeres que tienen hijos/as afuera, viven con angustia la distancia física, la incomunicación y los prolongados períodos de incertidumbre que generan las condiciones de aislamiento. El dolor de las mujeres que han interrumpido drásticamente su maternidad, y la apabulladora idea de pasar a ser madres *incompletas*, radica en las fenomenales exigencias depositadas en su rol como cuidadoras, y en la convicción de que, sin importar la edad que los/as hijos/as tengan, la función materna no caduca.

Vale reconsiderar el impacto que tiene el encarcelamiento de las mujeres en la disolución del hogar, a partir de la troncalidad de sus responsabilidades dentro de la empresa familiar, provocando una reorganización económica y de las dinámicas cotidianas de este espacio.

El encierro abate por partida doble la subjetividad de las madres detenidas: por su propio destino, y por el de sus hijos/as; al punto de considerar un castigo adicional la inhabilitación de su quehacer maternal. En muchos casos, la situación requiere que las niñas o adolescentes mujeres asuman tareas de asistencia de sus hermanos más pequeños. En otros, los/as hijos/as menores se mudan con parientes, con familias sustitutas o son institucionalizados/as, perdiendo el vínculo con su madre y a veces con sus hermanos/as, quedando expuestos/as a una clara situación de inseguridad social. Excepcionalmente, el padre continúa con la tenencia y hace propio el trabajo de asistencia que arrogaba la mujer, manteniendo en pie los cimientos familiares. Lo asumen como paliativo ante la ausencia femenina, reconociendo una adulteración en el curso y los modos normales de ejecución de estas tareas. La situación tensiona el imaginario que liga el cuidado de otros/as a condiciones psicofísicas exclusivas de las mujeres, y en muchos casos, la presencia de conductas maternas en padres se asocia a la figura de un varón *feminizado*, a la introyección de rasgos femeninos en un sujeto originalmente masculino.

Para ellos, la asunción de la paternidad no conlleva procesos de apropiación económica, simbólica, erótica y subjetiva de su sexualidad, sino que se anexa a otras funciones sociales y esferas de pertenencia ancladas en el espacio público, definido como “universo de la palabra con efecto político, del trabajo con efecto productivo y de la eficacia con efecto de poder” (Fernández, 1989: 148). Si se realizan como padres a través del trabajo y la proveeduría económica del hogar, la llegada de un/a hijo/a no compite con sus proyectos profesionales (o su eventual detención), sino que muy por el contrario, al ampliarse la familia, se ensancha su reto productivo y se afirma en la superioridad masculina. Las estadísticas (CELS y otros, 2011: 155-156), confirman que, en la totalidad de los casos cuando el varón y padre es detenido, los/as niños/as quedan a cargo de la mujer.

Volviendo a la circunstancia de las madres presas, el estado de preocupación permanente que manifiestan por los/as hijos/as no se explica sólo por el mito de la obsesión maternal, sino también por su virtud performática a la hora de crear y organizar este vínculo. La maternidad mítica es una construcción ideal, que en tanto dispositivo de control, estructura no sólo imaginarios sociales, sino formas efectivas



en que los sujetos de una cultura atraviesan esa experiencia (Schwarz, 2001). La abrupta desaparición de las madres, producto del encarcelamiento, genera daños en la salud de los/as niños/as y una profunda inestabilidad emocional. En el estudio de casos que sistematiza el CELS, distintas mujeres relatan derivaciones nerviosas y psicológicas en la salud de sus hijos/as, a raíz del padecimiento que les genera su ausencia física, la discriminación en la escuela y/o el estigma social: parálisis facial, cambios en los patrones de sueño o alimentación, hiperactividad, crisis de ansiedad, retraimiento, miedo, baja autoestima, comportamientos agresivos o antisociales, estrés postraumático, depresión, intentos de suicidio.

La justicia se desentiende de las pautas prescritas en tratados internacionales de derechos humanos que recomiendan disuadir el encarcelamiento de mujeres embarazadas o de madres con niños/as menores de cuatro años. Ni siquiera estipula procedimientos legales o garantiza un cuerpo de asistentes profesionales en cada uno de los penales que brinde información, apoyo y facilidades a las mujeres afectadas para resolver la situación de desamparo en que se encuentran sus hijos/as.

La privación de la libertad contrae una serie de condicionamientos, dificultades y situaciones indeseables durante el ejercicio de las maternidades, al tiempo que abre posibilidades y alternativas hacia una construcción impensada de este rol. Maternidades desplazadas del hogar y desplegadas en un territorio 'público' pero restringido, donde se reconfigura la división entre el espacio personal y el compartido; donde se difumina el criterio temporal que separa la productividad del descanso.

A pesar de los conflictos efímeros y permanentes que ocurren entre ellas, también se tejen relaciones de sororidad y reconocimiento en la otra, que suele potenciarse entre las mujeres que son madres. Un caso emblemático es el de las residentes en la Unidad Penal 33 de Los Hornos, único en la provincia de Buenos Aires con pabellón para embarazadas y madres con niños/as. Ante la situación de desidia institucional, las mujeres de esta unidad han logrado conformar modos de aleación y redes solidarias para satisfacer cuestiones relativas a la deficiente alimentación y cuidados básicos que sufren en particular niños/as y embarazadas, creando modalidades colectivas de crianza. También han generado tácticas de organización para exigir la restitución de sus derechos elementales, y estrategias de comunicación con el afuera para denunciar públicamente el estado de situación en que viven.

Por otro lado, es notable cómo las mujeres al interior de la cárcel construyen relaciones amorosas, ensayando esquemas de parentalidad no hegemónicos, tramitando sus sexualidades con menores (o nuevos) prejuicios que en el exterior y contrarrestando el peso de la heterosexualidad obligatoria. Explicar la emergencia de expresiones disidentes al imperativo heterosexual como una desviación causada por el encierro a partir de la falta de varones, implica deslegitimar estos procesos de transformación identitaria. La cotidianeidad de vínculos no heterosexuales en la escena carcelaria amplía los modos y modelos plausibles de encontrarse sexo-afectivamente, de reconfigurar lo femenino/masculino y el rol de la maternidad, relativizando la idea de que el encierro cancela en su totalidad la capacidad de agencia de los/as sujetos/as. El entrelazamiento de fuerzas dentro de los muros,

genera en simultáneo a los mecanismos disciplinarios, movimientos de reconversión subjetiva donde el ejercicio de la sexualidad se presenta como un instrumento de resistencia y como respuesta a un régimen de castigo que criminaliza a las mujeres pobres, desobedientes de la feminidad.

En cuanto a la masculinización o actuación masculina en un espacio de mujeres surge el interrogante sobre el alcance de su fuerza de subversión, y si no significa menos un desequilibrio a la heteronorma que una readaptación de las formas tradicionales de circulación del poder entre sujetos/as generizados/as.

Todas las performances de contraproducción sexual (Preciado, 2011) surgidas en condiciones de encierro, y encuadradas despectivamente como manifestaciones fingidas, no hacen más que evidenciar la dimensión teatral e imitativa del género, expropiando el status de autenticidad del que goza la heterosexualidad en el afuera.

## Conclusiones

La aproximación a las performatividades maternas en ámbitos de encierro, respondió al desafío de visibilizar un trazo de realidad postergado y estereotipado como es la vida intramuros. Sin ánimos de reivindicar la existencia de este tipo de establecimientos, el trabajo aspiró a superar las representaciones que manan desde el afuera y se imponen como retratos carcelarios uniformes y hasta romantizados. Desde el punto de vista de los/as sujetos/as que pueblan los pabellones, la institución también aparece como una vía de acceso a recursos del Estado históricamente negados, como la salud o la educación, y como cierta restauración de derechos más allá de la precariedad generalizada en que se implementan. En el caso de las mujeres, el encarcelamiento suele menguar el nivel de presión que sufren por razones de género en la domesticidad, profundizado en los estratos sociales más bajos.

A su vez, quienes están privadas con los/as hijos/as encuentran sus biografías maternas enérgicamente educadas por esta experiencia. La mirada investigativa no puede releerlas e interpretarlas por fuera del conjunto de reglas inherentes a la textura simbólica y al juego del lenguaje institucional, bastante explícito por tratarse de una dependencia penitenciaria; ni tampoco por fuera de la posición circunstancial y diferencial que ocupan las madres dentro de esta cadena de significaciones. Por ello, la importancia de relevar los itinerarios de las mujeres por el sistema penitenciario y las relaciones de poder que los atraviesan. Pero también la necesidad de comprender porqué al transitar estos espacios de reclusión, admiten fugarse de los lugares normados, femeninos y heterosexuales, transmutando la abyección de sus cuerpos en fuentes de empoderamiento.

En este sentido, el trabajo ha intentado contribuir al debate sobre los derechos humanos y las lógicas penitenciarias en la actualidad, bregando por la adopción de nuevas retóricas ético-políticas y apuestas epistémicas para mirar el campo social de la cárcel y sus efectos, desde los incalculables umbrales de contrapoder.

## Bibliografía

- Buenfil Burgos, R. N. (1992), *Análisis de discurso y educación*, México, Departamento de Investigaciones Educativas Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional.
- Butler, J. (2012), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Argentina, Editorial Paidós.
- Centro de Estudios Legales y Sociales, Ministerio Público de la Defensa de la Nación y Procuración Penitenciaria de la Nación (2011), *Mujeres en prisión: los alcances del castigo*, Argentina, Siglo XXI.
- De Beauvoir, S. (2011), *El segundo sexo*, Argentina, Editorial Debolsillo (Contemporánea).
- Deleuze, G. (2005), *Foucault*, Argentina, Paidós Studio.
- Fernández, A. M. (1989), "Violencia y Conyugalidad: una relación necesaria. La gestión de las fragilidades y resistencias femeninas en las relaciones de poder entre los géneros", en: Giberti, E. y Fernández, A. M. (Comps.), *La mujer y la violencia invisible*, Argentina, Editorial Sudamericana, 141- 170.
- Fernández, A. M. (2010), *La mujer de la ilusión: Pactos y Contratos entre hombres y mujeres*, Argentina, Editorial Paidós.
- Foucault, M. (2002), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Argentina, Siglo XXI Editores S.A.
- Freire, P. (2006), *Pedagogía del oprimido*, Argentina, Siglo XXI Editores.
- Preciado, B. (2011), *Manifiesto Contrasexual*, España, Editorial Anagrama S.A.
- Schwarz, P. K. N. (2011), "Sexualidad, estética y dimensión erótica del embarazo. Un estudio en mujeres heterosexuales de sectores medios", en: Felitti K. (Comp.), *Madre no hay una sola. Experiencias de la maternidad en la Argentina actual*, Argentina, Ciccus Ediciones, 111 - 132.